

MAYAS. REVELACIÓN DE UN TIEMPO SIN FIN

INTRODUCCIÓN

Mercedes de la Garza, Tomás Pérez Suárez,
Guillermo Bernal, Mauricio Ruiz Velasco
y Mario Humberto Ruz

Los antiguos mayas, creadores de una sorprendente civilización, dejaron para la posteridad cientos de ciudades, que revelan una notable capacidad arquitectónica, una escultura de gran perfección técnica, dinamismo y expresividad; maravillosas obras pictóricas en murales, una rica variedad en vasijas de cerámica, muchas de las cuales son valiosas obras artísticas y documentales por sus singulares decoraciones, así como múltiples y variadas sepulturas, que revelan sus concepciones de otra existencia después de la muerte. Todo ello constituye una vívida expresión de sus creencias religiosas, sus rituales, su vida en comunidad, sus costumbres cotidianas y su historia. Pero además, realizaron códices y miles de inscripciones plasmadas en diversos materiales, con una compleja escritura, la más avanzada de la América precolombina, y aun después de la conquista española, elaboraron libros que

relatan su historia y sus mitos en sus propias lenguas, pero ya empleando el alfabeto latino, lo que muestra una inusual vocación de escribir y una profunda conciencia histórica.

Esta exposición es sólo una pequeña muestra de las creaciones plásticas mayas conocidas hasta hoy, que forman parte del gran legado de esos hombres a la humanidad. Contiene piezas de toda la porción mexicana del área maya, que revelan la capacidad innovadora, la sensibilidad estética y la perfección técnica logradas por ese peculiar pueblo. Se ha buscado destacar tanto las cualidades estéticas como documentales de las obras, lo cual significa que éstas no se han elegido únicamente por su belleza, expresividad y valor artístico, sino también por su importancia como documentos históricos y su representatividad de los grupos y periodos de los que proceden. Se muestra, asimismo, la gran variedad de estilos y logros estéticos de distintos grupos mayas, que son alrededor de treinta etnias, cada una con su propia lengua y su propia identidad.

Sobre la base de que los mayas no hicieron arte por el arte, ni buscaron la belleza en sí, sino que todas sus creaciones tuvieron finalidades religiosas, políticas y sociales, las obras han sido ordenadas temáticamente, desde una

hermenéutica histórica, con la pretensión de mostrar, con ellas, además de su valor estético, las formas de vida, la organización socio-política, la conciencia histórica, la religiosidad, los valores de la vida, en fin, la cosmovisión de los antiguos mayas, que se expresa a través de sus obras.

SOBRE LOS VALORES ARTÍSTICOS

Las creaciones plásticas de los mayas corresponden a lo que en la cultura occidental llamamos *arte*, y se trata de un arte excepcional y de gran impacto que responde a las capacidades creativas y la notable sensibilidad expresada por ese pueblo en todas sus manifestaciones. Pero es necesario recordar que la belleza, que es lo que hace que un objeto sea considerado como una obra de arte, es relativa. Como todo lo humano, el concepto de belleza es histórico; ella no existe en cuanto tal, separada de quien la califica, aunque hay ciertas características que son comunes a todos los seres humanos, que tocan las mismas cuerdas del espíritu: un objeto bello es aquel que produce en quien lo contempla una peculiar exaltación, una emoción indefinible e irracional, alejada de toda finalidad, porque llega directamente a los sentidos sin ningún concepto; que provoca en los hombres un cierto

sentimiento *sui generis* llamado emoción estética. Sin embargo, el objeto bello se torna valioso no únicamente por el impacto inmediato en el espectador, sino porque fue realizado como una revelación de algo más; él manifiesta los intereses vitales, la sensibilidad, las ideas que el artista proyectó hacia quienes lo contemplarían; expresa la intención del creador, para lo cual es necesario saber quién fue el creador. Al acercarse a todo aquello que trasciende al mero objeto bello, es decir, a su contexto histórico y a su mundo de valores, éste cobra una mayor significación que el mero placer estético, cobra una significación a la vez emocional e intelectual, y adquiere una excepcional significación histórica porque va acompañado de un viaje singular a otras épocas, a otras dimensiones humanas, a otras concepciones del mundo y de la vida, que son aquellas del pueblo que lo creó. Destacar esta multidimensionalidad de la obra de arte ha de ser la finalidad de todo museo, de toda exposición; de ahí la necesidad de incluir, mediante el lenguaje escrito, lo que la ciencia ha develado sobre las obras, para que la muestra sea una cabal revelación no sólo de otra sensibilidad, sino también de otros mundos y otros tiempos.

Penetrar al mismo tiempo en el conocimiento y en la apreciación estética de todos esos vestigios materiales

constituye una experiencia vital inigualable, un reencuentro con los altos valores de unos destacados hombres de otros tiempos, que mucho nos pueden aportar para enriquecer nuestros propios valores, y que nos reconcilian con las potencialidades humanas por la excelencia que puede lograr una comunidad en el tiempo.

SOBRE LA TEMÁTICA

El hombre frente a la naturaleza

El territorio maya abarca cinco estados del México moderno, junto con Guatemala, Belice y una parte de El Salvador y Honduras. Es una región de contrastes ambientales, desde las costas de la península y las tierras bajas selváticas hasta las zonas montañosas de Chiapas y Guatemala. Desde tiempos inmemoriales y con una continuidad cultural milenaria, los pueblos mayas han llevado una estrecha relación con su medio natural. Los pobladores de esta región gozaron de abundantes recursos naturales y los aprovecharon durante su largo recorrido histórico. Desde los primeros recolectores-cazadores, siguiendo por las primeras sociedades agrícolas y asentamientos que se remontan al periodo Preclásico, hasta los mayas de hoy, los pobladores

del área han logrado la comprensión del entorno con base en la observación natural y biológica a través de miles de años.

La sociedad maya se adaptó a su ambiente y lo conoció, aprovechando todos sus recursos naturales. El nivel de conocimiento alcanzado respecto a las plantas y animales está plasmado en las distintas manifestaciones culturales y expresiones artísticas. Para los mayas y otras sociedades mesoamericanas, los fenómenos de la naturaleza y los habitantes originarios de la selva tropical, fueron lo diferente, pero al mismo tiempo, fueron los seres naturales más cercanos a él en su vida cotidiana. La flora y la fauna representaron la liga entre los humanos y los poderes sagrados del cosmos, sirvieron como alegorías de su pensamiento religioso.

Encontramos en esta relación vínculos de simpatía, semejanza, coesencia animal y lazos de parentesco. La relación indisoluble entre la naturaleza y el hombre se manifiestan en toda su cultura. Las selvas americanas modelaron la forma de vida del maya y su entendimiento del universo, generando un conocimiento preciso y original, el cual veremos plasmado en la escultura, la cerámica y pintura de la exposición. Además de su vida cotidiana, religión, mitología y saber tradicional. Acuciosos observadores de

plantas y animales llegaron a ser verdaderos naturalistas, detallando las características y propiedades particulares -casi microscópicas- de cada ser vivo, ya sea una flor, un pez, un crustáceo, un ave o un mamífero. Los antiguos mayas y su planta sagrada, el maíz, pudieron establecerse desafiando a la naturaleza en la inhóspita selva tropical o la seca planicie kárstica peninsular, donde lograron construir grandes ciudades en su entorno. Sus descendientes, los mayas actuales, continúan habitando el sureste mexicano y conviviendo con la naturaleza indomable.

De este modo, plantas y animales no sólo sirvieron como alimento, sino como copartícipes de la unidad del mundo, de unas formas de vida humana que nunca se desligaron de la naturaleza. Algunas plantas fueron consideradas como portadoras de fuerzas sagradas; el maíz, unido a la sangre de animales divinos, como el tapir y la serpiente, fue la sustancia de la que fueron formados los seres humanos. Y las plantas con cualidades psicoactivas, fueron esenciales para los ritos chamánicos. Los animales fueron considerados hermanos de los hombres, compañeros en los que los seres humanos podían proyectar parte de su espíritu y epifanías de los seres sagrados. Así, plantas y animales, y su vínculo con los

hombres, en representaciones naturalistas o estilizadas, fueron temas constantes en la plástica maya.

Comunidad y vida cotidiana

El quehacer diario de los pueblos mayas, como en toda sociedad estratificada, variaba de acuerdo al estatus de cada individuo. Todos cumplían una función específica en el mantenimiento del orden económico y político que sustentaba la ideología social y religiosa imperante en cada periodo. Género, grupos de edades, residencia rural o urbana y oficios, eran factores que igualmente determinaban diferencias en la vida cotidiana de cada persona.

Las diversas expresiones escultóricas y pictóricas, plasmadas en monumentos y edificios, retratan sobre todo a las élites gobernantes. Estos individuos, solos o acompañados de asistentes, realizan diversos ritos en ceremonias políticas y religiosas. Varios miembros de las cortes, en suntuosos interiores, fueron plasmados en las vasijas policromas. Por su parte, las numerosas y expresivas figurillas de cerámica, entre las que destacan las halladas en los entierros de Jaina, a la par que retratan a la nobleza, representan a diversos personajes de estatus y oficios menores. Asimismo, de los sectores habitacionales de las

ciudades proceden variados objetos usados en la vida cotidiana. La temática se repite, de igual manera, en otros objetos manufacturados con diversos materiales. La rica variedad de figurillas de barro revela, además, costumbres como la deformación craneal, vestuario y ornatos corporales.

Entronizaciones, alianzas matrimoniales, presentación de infantes herederos, vasallajes, ceremonias de autosacrificio e invocación de dioses y otras fuerzas sobrenaturales, juicio a prisioneros de guerra, juego de pelota, músicos, danzas, ritos funerarios e inhumaciones, entre otras actividades representadas, dan cuenta del complejo ceremonial con el que se homogeneizaba y perpetuaba la ideología de cada reino en determinada época.

El corazón de las ciudades

El urbanismo maya varió a lo largo del tiempo, pero la función de las ciudades fue siempre la misma: albergar a una población que, separada de las labores de producción de alimentos, se dedicó a quehaceres relacionados con la administración, el culto religioso, los servicios, la milicia, las

ciencias, el arte y la manufactura de diversos artefactos y productos que satisfacían las necesidades de la nobleza y del resto de las personas.

Las ciudades, con sus extensas plazas, grandes templos, suntuosos palacios, canchas para el juego de pelota, altares y grandes calzadas, albergaban igualmente edificios relacionados con la administración y el almacenamiento de tributos, pago en especie que la clase productora entregaba al estado para su mantenimiento.

Además de ser residencia del poder político y religioso centralizado, el corazón de las ciudades era un reflejo del cosmos. El ordenamiento de los espacios y la disposición de los edificios obedecían a la concepción del universo. El genio literario del periodo Clásico permitió construir metáforas que equiparaban el espacio plano de las plazas con la superficie de un lago u océano; a las estructuras piramidales se les otorgaba el simbolismo de montañas sagradas que tocaban el espacio celeste comunicando a los hombres con las divinidades principales, y las estelas se consideraban árboles de piedra. La cancha para el juego de pelota, igualmente se equiparaba con la bóveda celeste y con el inframundo.

Los estilos arquitectónicos de las distintas provincias no dan cuenta solamente de un gusto estético, también definían

fronteras. Entre las grandes ciudades que la arqueología ha recuperado, se encuentran Palenque, Yaxchilán, Piedras Negras, Bonampak, Quiriguá, Copán, Tikal, Yaxhá, Uxmal, Kabah, Sayil, Labná, Ceibal, Uaxactún, Balamkú, Calakmul, Becán, Dos Pilas, Chichén Itzá y Mayapán.

Además de extraordinarias obras escultóricas ligadas a ellos, muchos templos y palacios estuvieron decorados con pintura mural. Ésta revela una gran capacidad técnica; se caracteriza por una inusual riqueza de colorido, por sus texturas y por su durabilidad. En varias de ellas, sobre todo en las famosas pinturas de Bonampak, se logró, mediante hábiles combinaciones de luces y de sombras y de distintas tonalidades, crear la tercera dimensión. Asimismo, destaca la extraordinaria técnica, empleada no sólo en Bonampak, sino en toda el área maya: el soporte de las pinturas fue hecho con una mezcla de cal, arenas calcílicas y una goma vegetal que fungió como aditivo; además, las pinturas contienen material orgánico en las capas de color, lo que muestra que fue empleado un material aglutinante para adherir el color al soporte. Los pintores crearon una gran variedad de colores; manejaron con maestría la transparencia y opacidad de los tonos, y utilizaron la línea para dibujar sobre la superficie de color, afinando detalles y subrayando expresiones (Diana

Magaloni, “El arte en el hacer: técnica pictórica y color en las pinturas de Bonampak”, *La pintura mural prehispánica en México*, II, Área Maya, Bonampak, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1998, p. 49-59).

El hombre frente al tiempo y a los astros

La temporalidad del cosmos fue la principal preocupación de los mayas. Consideraron que el tiempo es el movimiento del espacio, no un concepto abstracto, y ese movimiento sigue una ley cíclica. El dinamismo de la realidad espacial, el cambio cósmico, es producido, principalmente, por el transcurso de un ser sagrado que fue el eje de su cosmovisión: el Sol (*K'in*, palabra que también significa “día” y “tiempo”). En su cosmología, el tránsito del Sol fue captado -como ocurre en la experiencia común de los seres humanos- como un movimiento circular alrededor de la Tierra, que incluye un ciclo diario y un ciclo anual. Y sobre esta base, gracias a meticulosas observaciones, los astrónomos mayas lograron precisar con gran exactitud los días en que ocurren los Equinoccios y los Solsticios puntos clave del ciclo anual del Sol. El trayecto aparente del Sol determina los cambios que en la Tierra ocurren (día y noche,

fertilidad y sequía, frío y calor, etcétera); por eso, el tiempo se concibió como movimiento cíclico, con leyes estables, y fue medido por las salidas y los ocasos del Sol y de otros astros.

Pero como esas fuerzas cósmicas están cargadas de sacralidad, ésta se despliega sobre el mundo en los distintos momentos e influye en todos los seres dándoles cualidades y significaciones múltiples, a veces contradictorias. Por ello, se abocaron a entender y sistematizar el cambio, desarrollando la matemática y un extraordinario sistema calendárico.

Un rasgo común de las grandes civilizaciones del Mundo Antiguo es el uso de un sistema preciso de cómputo calendárico. Los mayas no fueron los creadores de su sistema calendárico, sino que fueron sus vecinos, los olmecas tardíos o “epi-olmecas”, quienes, hacia el 100 a.C. formularon el sistema calendárico integral de Cuenta Larga y Rueda Calendárica; esta última fue compuesta por los ciclos engranados de 260 y 365 días. Asimismo, fueron los olmecas quienes establecieron la base aritmética vigesimal del sistema e introdujeron el valor “cero”, necesario para el funcionamiento de la numeración posicional.

Alrededor del año 250 d.C., los mayas adoptaron el sistema olmeca y lo desarrollaron de una manera nunca antes vista. De manera gradual pero constante, crearon

nuevos ciclos rituales y astronómicos, tales como un ciclo de 9 días o “de los señores de la Noche” y, sobre todo, de la Serie Lunar. Este sofisticado cómputo incluía el registro preciso de los días transcurridos de cada lunación, misma que comenzaba con la primera aparición de la luna sobre el horizonte, después de la conjunción. Algunas ciudades de la región del río Usumacinta, como Bonampak y Yaxchilán, inventaron un ciclo de 7 días para establecer relaciones entre varios ciclos calendáricos. La culta dinastía de Palenque valoró la utilidad del cómputo de 7 días, pero lo revolucionó al formular un nuevo ciclo basado en un múltiplo de aquél: el de 819 días. La creatividad e ingenio matemático de los cronógrafos y astrónomos mayas mantuvo una evolución constante. En varias ciudades mayas se han detectado inscripciones que marcan aniversarios del ciclo sinódico del planeta Venus, cuya duración regularizada o canónica fue de 584 días. Lo mismo puede afirmarse de los cálculos del planeta Marte, cuya duración básica fue estimada en 780 días. Esos especialistas del periodo Clásico, expertos operadores de la “máquina maya del tiempo”, no dejaron labradas sus tablas de cálculo en los monumentos de piedra. Ellos elaboraban largos códices en los que iban recibiendo, transmitiendo e innovando sus conocimientos. Por desgracia

ya no se conservan esos libros. No obstante, hace poco tiempo, el hallazgo de la casa de un astrónomo maya en el sitio de Xultún, Guatemala, permitió documentar el uso de tablas y cálculos que estaban pintados en los muros de su morada. Aunque algunas partes están borradas, los registros conservados indican que en ellos están involucrados ciclos de distinta duración, tales como: el *tzolk'in* (260 días); el *haab* (365 días); la Rueda Calendárica (18,980 días); de Venus (584 días); Marte (780 días); posiblemente, de Mercurio (117 días) y de Eclipses (11,960 días), además de tablas lunares. Hoy, cuando son desenterrados los restos de la casa de ese anónimo astrónomo maya, podemos imaginar la vida de un hombre inteligente y culto, obsesionado por desentrañar los misterios de los cuerpos celestes. Sin saberlo, cuando ese hombre vivió, hacia el año 814 d.C., en la Europa medieval y la lejana China imperial, había otros astrónomos tratando de resolver los mismos problemas, con las mismas soledades, angustias y alegrías de su oficio.

Contra lo que pudiese creerse, el colapso de la sociedad maya clásica (ocurrido entre 800 y 900 d.C.) no provocó la pérdida del conocimiento calendárico y astronómico. En la península de Yucatán, los mayas del periodo Posclásico (900-1521 d.C.) conservaron y aún mejoraron los cálculos,

tal como se aprecian en las secciones astronómicas del *Códice Dresde*. La vocación maya por esa materia incluso permaneció después de la conquista, en tiempos coloniales. Así, los mayas yucatecos estudiaban con avidez los almanaques españoles (*Reportorios de los Tiempos*) y trataban de conciliar los conocimientos europeos con sus saberes tradicionales, tal como se observa en los *Libros de Chilam Balam*. La mentalidad de los mayas, siempre abierta al cambio, les ha impulsado a aceptar los accidentes de su historia y a explorar nuevas formas de pensamiento, desde la época prehispánica y hasta la actualidad.

Las élites gobernantes y su historiografía

Provistos de una poderosa herramienta para registrar el paso del tiempo, los antiguos mayas aprovecharon plenamente ese recurso y lo utilizaron para registrar acontecimientos esenciales de su devenir histórico. Para ello crearon un sistema de escritura en el sentido pleno del término. Fueron las precoces dinastías del norte y oriente del Petén guatemalteco y del sur de Campeche y Quintana Roo, México, las que, a partir del siglo III d.C., dieron los primeros pasos en ese sentido. Inspirados por la escritura olmeca, algunas élites mayas de esa región crearon signos de escritura glífica, mismos que se adaptaron a las características de la lengua que hablaban:

una forma antigua de la lengua cholana oriental. Establecieron dos clases de glifos: los logogramas, que expresaban una palabra completa, y los fonogramas, que solamente expresan sonidos vocálicos y silábicos. De manera gradual, el sistema fue desarrollado y perfeccionado durante el periodo Clásico Temprano (300-600 d.C.), particularmente en las poderosas capitales de Tikal, Uaxactún, Yaxhá, Dzibanché, Calakmul y otras. A través de la escritura, la lengua cholana oriental se convirtió en la lengua de prestigio de la sociedad clásica maya. Poco a poco, la práctica de la escritura se extendió fuera de su área de origen. Fue adoptada por las nacientes dinastías de las zonas periféricas, como las de Palenque, Pomoná, Piedras Negras, Toniná, Yaxchilán, Ceibal, Naranja y Copán, por solo mencionar algunas de las más conocidas. Hacia el norte fue asimilada por capitales tan distantes como Edzná y Cobá, entre otras muchas urbes de la península yucateca.

Convertidos en patrimonio intelectual común de los señoríos mayas, las dinastías generaron una intensa labor de registros históricos que plasmaron en sus monumentos públicos, tales como estelas, altares, tableros y dinteles de piedra, así como en pinturas murales de edificios y aplicaciones pictóricas de piezas cerámicas, entre otros objetos. Las elites se esforzaron por dejar testimonio de las hazañas guerreras y grandes ceremonias de sus gobernantes. A

menudo, se remontaban hacia tiempos pretéritos para relatar la existencia de sus fundadores dinásticos, demostrando con ello que su poder actual estaba firmemente anclado en una historia poblada de ancestros prestigiados y, sobre todo, que eran herederas legítimas de ellos. Incluso, en algunas ciudades mayas escribieron narrativas que, trasladándose miles de años hacia el pasado, relataban las gestas míticas de los dioses, de las hazañas que les permitieron reordenar el cosmos. Hoy, gracias, al notable desarrollo en el desciframiento de la escritura glífica, podemos volver a escuchar la voz y el discurso de las dinastías mayas. Después de más de mil años y como si fuese un torrente de luz, los textos mayas iluminan el pasado de una de las culturas más brillantes del Mundo Antiguo.

Las fuerzas sagradas

Cada pueblo tiene, en su acervo comunitario, un conjunto de expresiones de su vivencia de lo sagrado, que están acordes con las particularidades de su cultura y con su momento histórico, lo cual significa que cada pueblo tiene una religión distinta, aunque hay significativos paralelismos entre todas ellas. Los mayas concibieron un universo poblado de fuerzas sagradas que, en constante interacción con los hombres y

entre ellas mismas, determinaban la existencia en su totalidad. El lenguaje sagrado, es decir, la expresión de una experiencia religiosa, o de la relación del hombre con una realidad que considera trascendente y superior, por necesidad es simbólico, pues revela lo inefable, lo inexpresable en un lenguaje conceptual; intenta comunicar la vivencia racional e irracional y emocional a la vez, de lo numinoso, de lo infinitamente poderoso, de lo que está más allá, o detrás, de la realidad visible y palpable. De este modo, el hombre siempre ha encontrado imágenes o relatos para dar a conocer a los demás esa vivencia; ellos son los símbolos, los mitos y los ritos, que constituyen los “hechos religiosos”, peculiares de cada comunidad. Esto quiere decir que las figuras de lo sagrado no son lo divino en sí, sino representaciones de lo divino. Por ello, no se puede hablar de “idolatría” más que en las manifestaciones decadentes de una religión, que se dan cuando el creyente ya no sabe que los símbolos, los mitos y los ritos representan algo que está más allá de ellos mismos. Así, cuando los conquistadores españoles clasificaron a las religiones indígenas como idolátricas, no se percataron de que el catolicismo también puede ser juzgado así, si se consideran en ellas mismas, o

sea, como lo sagrado, las múltiples representaciones de cristos, vírgenes, ángeles, santos y demonios.

Entre la multiplicidad de obras mayas que simbolizan lo sagrado, hallamos imágenes que combinan rasgos humanos con rasgos animales, al lado de símbolos convencionales que ostenta cada figura; animales fantásticos, como la serpiente emplumada, o simplemente gestos especiales en una figura totalmente humana que aluden a una sacralidad que posee la persona y que le viene de algún poder sagrado, por ejemplo, la sacralidad de la vida se expresa en figuras femeninas con las manos sobre el vientre o embarazadas, que representan a la diosa madre y el culto a la maternidad, así como imágenes de falos que representan la fertilidad. El poder sagrado de la diosa madre infunde la fertilidad en las mujeres, es el símbolo de la madre tierra. La gran madre a la que hay que cuidar, a la que hay que fecundar con la lluvia, que se propicia a través del ritual. Lo femenino, polo oscuro y oculto del cosmos, es así de poderoso, así de determinante en el mundo... La madre es lo más arcaico, lo más atávico, la cueva del origen.

Entre los rasgos de las figuras de deidades personalizadas, o sea, como seres o rostros humanos con rasgos sobrenaturales o de animales, predominan los

serpentinicos, como grandes ojos con pupilas en forma de voluta (“ojo divino”), nariz alargada, como la mandíbula superior del ofidio, y colmillos. Otras tienen signos de vejez, como arrugas y boca desdentada, o mandíbula prognata, pero con algún símbolo sobrenatural. Esas imágenes plásticas representan, a su vez, los poderes de ciertos animales, además del de la serpiente, como el jaguar, el tapir, el quetzal, el venado y el cocodrilo. Animales como la tortuga, el tlacuache y el sapo participan también en las representaciones sagradas. Y los propios animales simbolizan los distintos estratos del cosmos: el cielo (serpiente de cascabel bicéfala y quetzal, así como víbora de cascabel emplumada), la tierra (el cocodrilo) y el inframundo (serpiente *ochkan* o boa). Y diversos animales, figuras antropozoomorfas, antropozoofitomorfas (fusión de hombre, planta y animal) o animales fantásticos (fusión de varios animales) encarnan a las fuerzas naturales, como el Sol, el viento, el agua y el relámpago. Hay otros animales que funcionan como emisarios de esos grandes dioses (las guacamayas, los búhos, las mariposas nocturnas). Y asimismo, diversas plantas simbolizan energías sagradas, como el maíz, la ceiba y las plantas psicoactivas. Se encuentran también deidades que protegen las actividades

humanas, como la guerra, el comercio, la agricultura, la apicultura, y “Señores de los animales”, seres humanizados o con formas animales, que cuidan a la naturaleza silvestre.

Todo lo anterior conforma un complejo universo de fuerzas sagradas que permean el cosmos y cuyas influencias se despliegan sobre el mundo y los hombres, cambiando según el orden del tiempo.

El hombre frente a los dioses: los ritos

Los ritos son también experiencias de lo sagrado, pero vividas a través de prácticas religiosas, públicas o privadas, colectivas o individuales, que se apoyan en reglas precisas que ha establecido la comunidad. Los ritos incluyen palabras, actitudes, cantos, danzas y otras acciones concretas que poseen una verdadera eficacia material.

Según los mitos cosmogónicos mayas, reescritos como ricas narraciones en lenguas mayas y caracteres latinos, después de la conquista española, los seres humanos fueron creados con la finalidad de venerar y alimentar a los dioses, porque de éstos depende la existencia del universo entero. Así, el culto a las deidades fue la prioridad en la vida de la comunidad, lo que se expresa en las grandes áreas ceremoniales de las ciudades, en los objetos que adornan los

templos, en las múltiples estelas, altares y adoratorios, en las ofrendas halladas en las tumbas y en las inscripciones jeroglíficas que, al registrar la historia de los linajes gobernantes, dan a conocer los diversos ritos que éstos practicaban.

Uno de los ritos más importantes en muchas religiones era la recreación del origen del mundo; ésta se escenifica periódicamente pero no como un recuerdo o como una conmemoración, sino como una acción presente en la que se vuelve a crear el mundo, en la que se da la regeneración del tiempo. El rito detiene el tiempo cronológico, profano, y en ese lapso intemporal, transporta a la comunidad al tiempo sagrado de los orígenes, que irrumpe en el tiempo profano dejándolo en suspenso, para que realmente se vuelva a crear el mundo.

Entre los mayas, los ritos correspondientes a la recreación del mundo eran la renovación anual del fogón primordial de tres piedras para generar un fuego nuevo que alumbraría y calentaría a la nueva era cósmica; el acontecimiento mítico se registró en la estela C de Quiriguá, Guatemala, al lado de la fecha era. Las tres piedras del fogón eran tres tronos, que simbolizaban los tres estratos del cosmos: cielo, tierra e inframundo. Y la recreación del fogón

primordial se escenificaba ritualmente en Yucatán durante los cinco días **uayeb** o sobrantes del calendario solar, y símbolo del caos primordial, por tanto, lapso intemporal. Los mayas yucatecos apagaban los fogones de las casas y realizaban ayunos, penitencias e ingestión de bebidas embriagantes, que simbolizaban la vuelta al caos (un vestigio actual de los ritos de retorno al caos, que se realizaron en la mayoría de las culturas antiguas, es el carnaval). Al terminar esos días, se encendía un fuego nuevo y se repartía entre la gente el primer día del nuevo año: **0 Pop**.

Y ese mundo recreado periódicamente debía ser mantenido en forma constante, pues sin el ritual, el Sol detendría su marcha y moriría, lo que acarrearía la muerte de todo el cosmos; la tierra se volvería estéril y ya no produciría la vida; la lluvia dejaría de caer; los seres vivos ya no procrearían. Todo ello significa que para los mayas la existencia del cosmos estaba en manos del hombre, quien constituía así el eje del mundo.

Todos los ritos tenían en común ceremonias purificadoras, como la abstinencia sexual, el insomnio, la privación de alimentos, los baños y las ofrendas de sangre por medio del autosacrificio. Después de estas prácticas se realizaban los ritos públicos principales, que fueron muy

diversos, pero todos ellos incluían oraciones, sahumerios (principalmente con resina de copal), cantos, danzas, procesiones, representaciones dramáticas de los mitos e historias de los antepasados ilustres, que habían sido deificados; asimismo se preparaban comidas especiales (como carne de pavo ocelado, de venado o de perro *xoloitzcuintli*), bebidas sagradas (como la chicha y el balché) y, como parte central del rito, sacrificios sangrientos.

Las ofrendas, que tenían como finalidad alimentar a las deidades, fueron múltiples y variadas. Como los dioses eran invisibles e impalpables, debía sustentárselos con materias sutiles, como los olores de las flores y del incienso, y los sabores de alimentos y bebidas; pero su alimento principal era la energía vital que residía en la sangre de animales y de seres humanos, la cual se liberaba al detenerse las palpitaciones o al quemar el corazón. Así, los ritos principales eran los que implicaban el derramamiento de sangre y la muerte de la víctima, por lo que las grandes fiestas culminaban con el sacrificio tanto de seres humanos como de animales. Una explicación de los sacrificios se encuentra en el *Popo Vuh* que asienta que una vez que el mundo estuvo completo, con la aparición del Sol y de la Luna en el cielo, éstos pidieron a los hombres ofrendas de sangre para iniciar

su movimiento y, con ello, la vida del cosmos. En fin, el sacrificio humano tuvo como fundamento la creencia en unos dioses imperfectos que nacen y mueren y que, por lo tanto, requieren alimentarse para sobrevivir; los mitos afirman que los hombres fueron creados con sangre divina, por lo que deben, en reciprocidad, ofrecer su sangre para mantener a las deidades. Así la sangre es el lazo esencial que une a los hombres con los dioses.

A diferencia de las grandes celebraciones oficiales, dedicadas a los dioses principales, había ritos de pasaje (como el bautismo y la ceremonia de pubertad), ritos de iniciación chamánica, las prácticas ascéticas de los propios chamanes, sus ceremonias de adivinación y los ritos curativos. Todos éstos eran cultos privados, de índole familiar. Los propios gobernantes, por su carácter de chamanes, debían practicar ritos ascéticos como el ayuno, la abstinencia sexual, el insomnio y el autosacrificio; múltiples obras plásticas los muestran realizando ritos iniciáticos y autosacrificios diversos; entre ellos, era esencial extraerse sangre del pene, tal vez considerada la sangre con mayor energía vital y poder fecundante.

El chamanismo constituye una vertiente de las religiones que revela el lado oscuro, privado y secreto de la experiencia

vital de lo sobrenatural, la vivencia que pone en actividad las zonas cerebrales del “alma” irracional, inconsciente, nocturna y mágica que, por ello, ha logrado pervivir hasta hoy con sus rasgos esenciales, aunque adquiriendo nuevos significados y formas. El chamanismo se funda en la idea de que además del mundo que se percibe en el estado de vigilia cotidiano, hay otros mundos a los que los seres humanos acceden en estados especiales, en los que el espíritu se separa del cuerpo; uno de ellos es el sueño y otro el éxtasis, logrado con estrictas prácticas ascéticas y con la ingestión de hongos, plantas y animales psicoactivos. Por esa capacidad, se considera que dichos seres naturales poseen fuerzas sagradas en su interior, que transmiten a quien los ingiere. No todos los seres humanos pueden acceder a esas sustancias, sino sólo aquellos que han sido elegidos por los dioses para fungir como intermediarios entre las fuerzas sagradas y los hombres, y ejercen las funciones de curanderos, adivinos y parteros. En pocas palabras, los poderes de los chamanes consisten en vincularse directamente con los dioses, bajar al inframundo, subir al cielo, transmutarse en animales y, sobre todo adquirir una excepcional visión que les permite conocer las causas ocultas de las cosas, entre ellas, las enfermedades, que también pueden curar con oraciones

cantadas y fórmulas mágicas, acompañadas de medicamentos vegetales, animales y minerales. Los chamanes deben haber constituido un grupo específico entre los antiguos mayas, pero diversas fuentes revelan que los propios gobernantes poseían los poderes chamánicos; ellos eran seres sagrados con un especial carisma, pero no sólo por pertenecer a un linaje ilustre, sino por haber pasado por diversos ritos iniciáticos que les permitían adquirir sus poderes, y practicar constantemente ritos ascéticos. Los textos coloniales afirman que oraban, ayunaban y se sacrificaban para obtener los favores divinos, y en diversas obras, entre ellas, piezas de cerámica del periodo Clásico, los mandatarios aparecen consumiendo las sustancias psicoactivas o aplicándoselas en forma de enemas, así como transformándose en animales y presidiendo complejos rituales.

Otro rito, especialmente significativo para los gobernantes, era el juego de pelota, cuya importancia se manifiesta en el hecho de que en todas las grandes ciudades existen campos para el juego ubicados en los recintos ceremoniales y se han conservado marcadores con figuras sagradas y escenas míticas, varias de ellas asociadas con la cosmogonía. El simbolismo del juego de pelota no es sólo

maya, sino mesoamericano en general, y está inscrito en el concepto de la lucha de contrarios que hace posible la existencia del cosmos. Ello se revela en varios mitos que refieren la pugna de los seres luminosos y celestes, contra los oscuros e infraterrestres, que se da en el campo de juego, como se relata en el *Popol Vuh*; obien, la pugna del Sol contra la Luna y las estrellas, tal como lo refieren los mitos nahuas; ese movimiento de lucha de contrarios es el dinamismo que sostiene la existencia del universo. Y justamente por eso el juego de los hombres y la guerra sagrada simbolizaban la pugna de esas fuerzas cósmicas. De este modo, el juego practicado por los gobernantes y otros altos personajes tenía la función ritual de propiciar, como magia simpática, el movimiento de los astros, lo que equivale a propiciar la existencia del universo, y ésta fue la principal responsabilidad de los gobernantes, que fungían como ejes del mundo.

“Entrar en el camino”: ritos funerarios

La idea de que hay una existencia para el espíritu después de la muerte del cuerpo determinó complejos ritos funerarios. Los lugares de destino en el más allá no dependían de la conducta del individuo en la tierra, sino de la forma de

muerte, y ésta era determinada por los dioses. El sitio más común era el inframundo o Xibalbá, al que el espíritu llegaba después de recorrer un largo y peligroso camino descendente en el que el espíritu podía morir. Al completar el recorrido, el espíritu se encontraba con los dioses de la muerte y ocupaba su sitio de descanso eterno. Pero en algunas ocasiones podía regresar y participar en los ritos de sus descendientes, sobre todo, el espíritu de los gobernantes y sus familias, lo que se manifiesta en su presencia en muchas obras plásticas, en las que aparece su retrato, no como un recuerdo, sino como una presencia viva.

Por estas creencias, en las sepulturas se colocaban múltiples objetos, como vasijas con agua y alimentos, figurillas humanas, de deidades y de animales, joyas y, a veces, el cuerpo del perro del difunto, cuyo espíritu guiaría al de su amo en el camino. Cuando se trataba de un gobernante o alguien de su familia, se sacrificaban algunos hombres y mujeres para acompañar al muerto. Es muy rico el conjunto de objetos hallados en las sepulturas; destacan los de la isla de Jaina, Campeche, que son un claro ejemplo de que la vida se reprodujo en barro y otros materiales con la finalidad de vitalizar a la muerte y así mitigar la angustia ante la caducidad. Las figurillas de barro, así como la cerámica

funeraria, los vestidos y los atuendos de los muertos muestran un deseo de que en el más allá no haya cambios, que la vida continúe como es aquí. Además, el muerto no se va solo, los espíritus de otros hombres van con él, y también los espíritus de su perro, de los alimentos, de las joyas y del agua que se colocan en las sepulturas.

“Los rostros eternos de los señores”

Entre las sepulturas sobresalen las de los gobernantes, que contienen ricos ajuares funerarios. Llevan conjuntos de joyas en jade y otros materiales; en sus bocas se colocaba una cuenta de jade, que simbolizaba el espíritu y aseguraba la inmortalidad. En muchos entierros de gobernantes, entre ellos el de Pakal de Palenque y los de Calakmul, el rostro del mandatario fue cubierto con una máscara de materiales preciosos, predominando el jade. Estas máscaras buscaban sustituir el rostro perecedero del muerto con un retrato que desafiara a la destrucción; absorber la personalidad del gran señor; preservarlo mágicamente de la muerte; fijar su espíritu (*pixan*) que se aloja en la cabeza, y protegerlo así de los seres maléficos que lo acecharían en su camino hacia el inframundo, su última morada.

En otras culturas se encuentra la misma idea religiosa, por ejemplo, en la micénica de Grecia, donde se han hallado *entierros* de los grandes gobernantes, como Agamenón, con el rostro cubierto por una máscara de oro, y el cuerpo adornado con pectorales, collares, ajorcas, orejeras, también de oro. En el mundo maya clásico, al que pertenecen las máscaras de jade no había oro, pero el jade fue la materia indestructible, preciosa y simbólica para realizar las máscaras y las joyas.

El jade es símbolo de la soberanía, el poder y la inmortalidad en muchos pueblos, por ejemplo en China. Por su belleza, es emblema de la perfección, de la energía vital y lo precioso. Su color, llamado en lenguas mayas *yax*, designa lo verde, que se asocia con la vegetación, pero el término también significa azul, lo cual lo liga con el agua, principio vital del cosmos, y con el cielo, residencia de las deidades de la vida y la fertilidad. Por todo esto, el jade es el símbolo por excelencia del gobernante sacralizado.

Con la muerte, se completaba el ciclo de la vida sobre la tierra; pero los muertos continuaban viviendo en su descendencia, como lo dijo el gran señor Hun Hunahpú cuando preñó a la doncella Ixquic en el inframundo:

Ahora mi cabeza ya no tiene nada encima, no es más que una calavera despojada de carne. Así es la cabeza

de los grandes príncipes, la carne es lo único que les da una hermosa apariencia. Y cuando mueren, espántanse los hombres a causa de los huesos [...] [Pero] su condición no se pierde cuando se van, sino que se hereda; no se extingue ni desaparece la imagen del Señor, del hombre sabio o del orador, sino que la dejan a sus hijas y a los hijos que engendran (Popol Vuh).

Y ni los hijos, ni las obras de esos grandes hombres que fueron los mayas antiguos han desaparecido. Las imponentes ciudades, las obras plásticas, los textos y todos los demás vestigios que se conservan de su original cultura justifican hoy la esperanza de aquel escritor anónimo que en el *Libro de Chilam Balam de Chumayel* asentó:

Esta es la memoria de las cosas que sucedieron y que hicieron [...] Ellos hablan con sus propias palabras [...] derechamente, tal como pasó todo, así está escrito. Y será otra vez muy bien explicado todo [...] los que lo saben vienen del gran linaje de nosotros, los hombres mayas [...] Los sacerdotes se acabaron, pero no se acabó su nombre, antiguo como ellos.

Y efectivamente, los mayas no desaparecieron con la conquista española, sino que trascendieron al despojo, la humillación, la destrucción de su cultura, la invalidación de su religión y los múltiples obstáculos que han vivido desde entonces. Y asimismo, llegaron a la época actual conservando sus lenguas y portando una nueva y rica cultura

original, resultado de los cambios y distintas significaciones que sufrieron sus costumbres y sus creencias, y que les dieron nuevas identidades.

Herederos de una sabiduría milenaria, los pueblos mayas contemporáneos continúan poblando sus antiguos territorios (ubicados hoy en cuatro países: Guatemala, México, Honduras y Belice), donde es posible escuchar las cadencias de los más de treinta idiomas que integran la familia lingüística maya —hablados por cerca de siete millones de individuos—, y presenciar diversas manifestaciones contemporáneas de ésta que no pocos estudiosos consideran la más deslumbrante entre las culturas originarias de América.

Permanecer no ha sido tarea sencilla. A los profundos cambios que trajo consigo el dominio hispano, extendido a lo largo de tres siglos, se sumaron los derivados de los convulsos movimientos de independencia y la consolidación de nuevas entidades políticas, que desdeñaron en su conformación a las llamadas naciones originarias, apuntando hacia el mestizaje (en todos los órdenes) más que a la pluralidad étnica y la multiplicidad cultural. No obstante, pese a verse colocados una y otra vez en posiciones socioeconómicas desventajosas, los mayas apostaron por la

permanencia. Conscientes de que la única vía para lograrlo era cambiar, tuvieron y siguen teniendo la inteligencia y el tesón necesarios para transformar concepciones y expresiones añejas, sin dejar por ello de manifestarse como una creación cultural única e irrepetible.

Muchas han sido las estrategias desarrolladas por los pueblos mayas para mantener una identidad propia al tiempo que adoptaban y adaptaban conceptos y prácticas procedentes de la civilización occidental (en particular del cristianismo), en ocasiones re-elaborándolos en manera tal que dieron origen a una verdadera re-creación cultural. No poco de ello se sitúa en el campo de lo intangible o forma parte de un conocimiento celosamente guardado (lejos de miradas desaprobatorias), pero varios otros son perceptibles, como su distintiva relación con la naturaleza, su música, artesanías, gastronomía, una rica tradición oral, sus espléndidos atavíos —donde se urden y bordan símbolos centenarios— y una peculiar cosmovisión y religiosidad que se expresa de modo especial en un fascinante complejo de rituales familiares y colectivos.

Aunque los espacios para florecer a la manera antigua se han ido constriñendo, los pueblos mayas siguen vivos. Y, con ello, nuestra oportunidad de entablar un nuevo diálogo,

en posición de igualdad, respetuosos de la diferencia y dispuestos a coadyuvar en su mantenimiento. Un diálogo fecundo con los múltiples “yos” de las variadas y complejas identidades nacionales, de las cuales ese patrimonio único, milenario y actual que gozosa, porfiada y garbosamente portan los pueblos mayas, es bastión insoslayable e irremplazable.